

“La reconseruatización del país”

La restauración conservadora 1946-1957

RUBÉN SIERRA MEJÍA

(Editor)

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Bogotá, 2012, 422 págs., il.

EL PROFESOR Rubén Sierra Mejía, desde la Cátedra de Pensamiento Colombiano de la Facultad de Ciencias Humanas del principal centro docente del país, ha editado cuatro libros de creación colectiva sobre igual número de periodos de la historia colombiana: la Regeneración¹, el Radicalismo², la República Liberal³, y ahora sobre los doce años (1946-1957) de la restauración conservadora, también conocida como la “reconseruatización del país”, caracterizado por el intento de instaurar un régimen totalitario en donde, al igual que la Regeneración, se presentó un extremado dogmatismo político y religioso, se trató de desmontar los cambios introducidos durante la República Liberal (1930-1946), y se dio la época de la Violencia política. Pero, simultánea y paradójicamente, se experimentó una modernización del país, tanto en lo económico, como en lo cultural y tecnológico. El conjunto del libro es un total de once ensayos, escritos por un número igual de autores (tres mujeres y ocho hombres), de diversa formación académica y de diferente generación pues abarcan fechas extremas de nacimiento, desde 1937 (Rubén Sierra Mejía), hasta 1977 (Tomás Barrero), circunstancias que permiten un abigarrado e interdisciplinario análisis, como una percepción, marcada algunas veces por su propia experiencia vivencial, diferente del periodo estudiado. De los once autores, uno es extranjero, Malcolm Deas, otro colombiano pero radicado desde hace años en los Estados Unidos, Herbert Braun, y los nueve restantes docentes investigadores

1. Miguel Antonio Caro y la cultura de su época (2002).

2. El radicalismo colombiano del siglo XIX (2006).

3. República Liberal (2009).

vinculados a la Universidad Nacional y a otras universidades bogotanas.

Nueve de los once ensayos se centran en personajes de la historia colombiana, solo dos encaminan su análisis hacia personajes del común, del montón, el de Braun⁴, que hilvana su sugerente análisis a partir del telegrafista de Roldanillo, Manuel Bedoya Ruiz, en tránsito por Bogotá, a comienzos de 1949, para tramitar su pensión de jubilación, coyuntura que le permite al autor recrear la situación del país en ese momento, cada vez más radicalizado en torno a dos colores, el azul de los conservadores y el rojo de los liberales, mostrando el “*habitus* nacional”, y los diversos comportamientos. Aunque analiza a ciertas figuras nacionales, de las que nos referiremos más adelante, presenta a un guerrillero liberal, Saúl Fajardo, no muy conocido, que fue asesinado por las fuerzas del Gobierno, aplicándole la “ley de fuga”, en diciembre de 1962. El otro ensayo con la citada característica es el de Myriam Jimeno⁵, que tiene como objetivo analizar la significación que ha tenido la literatura de la Violencia en el contexto de la sociedad nacional, teniendo como textos básicos cinco novelas “testimoniales”⁶ de las setenta y cuatro escritas sobre el tema, abordadas como representaciones, las que muestran la Violencia en su época más cruda, la de 1948 a 1954, así como el enfrentamiento partidista presente en las regiones de Antioquia, Valle del Cauca, Boyacá-Santander, Tolima y los Llanos, sufrida en los pueblos; escritas en primera persona, narran las atrocidades cometidas contra la población por parte de las autoridades manipuladas por el poder de los hacendados. Curiosamente, esos dos autores en sus respectivos ensayos dejan correr la pluma sin dejar de lado sus propios recuerdos, experiencias, sus emociones e

4. Herbert Braun, “De palabras y distinciones. Hacia un entendimiento del comportamiento cotidiano entre los colombianos durante la Violencia de los años cincuenta”.

5. Myriam Jimeno, “Novelas de la violencia: en busca de una narrativa compartida”.

6. *Lo que el cielo no perdona* (1954), de Fidel Blandón Berrío; *Viento seco* (1953), de Daniel Caicedo; *El Cristo de espaldas* (1952), de Eduardo Caballero Calderón; *Sin tierra para morir* (1954), de Eduardo Santa, y *Las guerrillas del Llano*. Testimonio de una lucha de cuatro años por la libertad (1955), de Eduardo Franco Isaza.

imágenes de niñez y preadolescencia sobre la Violencia.

A lo largo de la lectura de los once ensayos se aclaran y analizan varios hechos: el más notorio, que el gran “arquitecto”, ideólogo y gestor de la Restauración Conservadora fue el dirigente conservador Laureano Gómez Castro, quien, a través de acciones y de posiciones políticas, intentó restablecer el orden establecido en la Constitución de 1886, consolidar el poder ejecutivo e instaurar un Estado corporativo, asumir los parámetros del catolicismo, el hispanismo y el pensamiento bolivariano, lo que se evidenció principalmente en la fracasada propuesta de Reforma Constitucional de 1953. Es así como se analiza, por parte de Rubén Sierra⁷, los esfuerzos de Gómez por adoptar y consolidar el pensamiento del libertador Simón Bolívar. Subrayo que en el escrito de Sierra se hace evidente que la figura y, en especial, el pensamiento del Libertador se han prestado para hacer cualquier tipo de lecturas e interpretaciones, desde la extrema izquierda a la extrema derecha, encasillándolo como conservador, como liberal y como revolucionario, lo que hace que con frecuencia sea necesario regresar a Bolívar. Igual de interesante resulta el ensayo de Leonardo Tovar González⁸, sobre las concepciones sobre democracia y socialismo de Antonio García, en el que se prueba que el Libertador ha sido tomado como “un héroe para todas las causas”, ya que García justificó la revolución armada y presentó al “Padre de la Patria” como un personaje que requirió de la fuerza militar para arrebatarles el poder a los españoles y erigir el poder republicano, y asumió funciones dictatoriales en contra de las formalidades democráticas liberales, como una opción necesaria para impulsar cambios revolucionarios a los que se resistían las castas gobernantes que sucedieron a las autoridades coloniales.

El interés de Gómez por “conseruatizar” la figura de Bolívar, mostrándolo como un “caballero cristiano”, no fue un interés exclusivo de Laureano y otros ideólogos conservadores

7. Rubén Sierra Mejía, “La lectura conservadora de Simón Bolívar”.

8. Leonardo Tovar González, “Democracia y socialismo en Antonio García”.

RESEÑAS		HISTORIA
<p>colombianos, el falangismo español también se interesó por resaltar esa imagen de Bolívar, lo que sin duda influyó mucho en los planteamientos laureanistas. Fue así como el régimen editó, bajo la dirección inicial del poeta Rafael Maya, la <i>Revista Bolívar</i> (1951-1963), órgano del Ministerio de Educación, analizada por Iván González Puccetti⁹, con la que se contribuyó a simbolizar y refrendar el imaginario conservador de lengua, religión, familia y territorio, y de paso se rescató la figura de Miguel Antonio Caro, el gran gestor de la Regeneración. La revista, junto con la <i>Biblioteca de Autores Colombianos</i> (1952), la inauguración de monumentos públicos en honor a personajes relacionados con la causa hispanista, y el Instituto de Cultura Hispánica (1951), fueron la punta de lanza de la política conservadora en su cruzada prohispanista en Colombia. Un magnífico complemento a la política cultural de la restauración conservadora es el ensayo de David Jiménez Panesso¹⁰, en el que se muestra cómo Gómez, junto a otros ideólogos conservadores, en especial el ex ministro de Educación Rafael Azula Barrera, fueron críticos de la “cultura moderna”, por ser encarnada por el liberalismo, ser materialista y promover una auténtica “barbarie”, por lo que Gómez y demás formularon una concepción orgánica de la cultura, basada en categorías morales y en dogmas religiosos, y se declararon contrarios al modernismo, el vanguardismo, el expresionismo y el llamado grupo de Los Nuevos, por considerarlos el culmen de la decadencia espiritual, y equipararlos, a los últimos, como “izquierdistas” y “pervertidos”.</p> <p>De la misma manera, Tomás Barreiro¹¹ adelantó una juiciosa lectura, o mejor una profundizada relectura, pues ya la había hecho en 1985 James D. Henderson¹², el “gringo laureanista”, como alguna vez lo llamó Otto Morales, de la posición de Gómez frente a la democracia, la que tuvo una transformación, cada vez más radical, más</p>	<p>conservadora, desde 1928, cuando las conferencias del Teatro Municipal, a la década de 1940, teniendo como eje su concepción sobre el determinismo (material y espiritual), el sufragio universal, la recuperación de la cultura española y escolástica, la división de poderes. Mientras que Rocío Londoño Botero¹³ presenta a Gómez como el gran artífice, secundado por los jesuitas, de la dogmática cruzada colombiana contra el comunismo, la que emprendió en 1938, por considerarlo una “peste” y una “acechanza mortal”, y la que radicalizó luego del 9 de abril de 1948, cuando junto con otros colombianos (liberales y conservadores) y extranjeros (sobre todo estadounidenses), consideraron que el magnicidio había sido un “complot del comunismo internacional contra la IX Conferencia Panamericana”, dándole una interpretación muy particular, criolla si se quiere, al macartismo y la Guerra Fría.</p> <p>Las ideas y acciones de Gómez fueron apoyadas por la Iglesia católica, en particular por el obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes y por la Compañía de Jesús. Es así como Ángela Uribe Botero¹⁴ adelanta un ensayo en el que analiza las cincuenta y ocho controvertidas metafóricas pastorales, y en especial aquellas escritas entre 1924 y 1938, y centradas en la exacerbada acción ideológica de monseñor Builes, concretada en su cruzada moral contra el Partido Liberal, pues en su entender el liberalismo era un “pecado”, y por tanto sus “pecaminosos”, “ateos”, “demoníacos” y “satánicos” seguidores no podían ser absueltos, ni recibir la comunión, lo que sin duda tuvo evidentes consecuencias en el, para entonces, mayoritario mundo rural colombiano, y en la católica Antioquia. Sin embargo, estamos convencidos que el incendiario discurso de Builes también tuvo efecto en la Iglesia católica, pues muchos de sus “soldados”, los curas o sacerdotes, recibieron y asimilaron los mensajes del monseñor, y desde el púlpito dieron licencia a la polarización política y al desangre del pueblo colombiano.</p> <p>También, en el ensayo de Rocío Londoño se muestra cómo, desde</p>	<p>comienzos del siglo xx, los jesuitas se comprometieron en la lucha anticomunista, a partir de la puesta en marcha de la Acción Católica, el Círculo de Obreros, y la erección en Bogotá del barrio de Villa Javier, por parte del sacerdote de esa comunidad José María Campoamor, como por la fundación de los periódicos anticomunistas <i>Destellos</i> y <i>Fas</i>, la realización de las “semanas sociales”, y la aplicación de la encuesta a párrocos “sobre el estado del comunismo en Colombia”, la elaboración del dogmático y sectario “Manifiesto de lucha anticomunista”, y la creación y asesoría de sindicatos católicos orientados a debilitar la Conferencia de Trabajadores de Colombia. Siempre se ha mostrado al jesuita José Félix Restrepo Mejía como el filólogo gestor y fundador del Instituto Caro y Cuervo (1942), pero no como un “soldado” al servicio de la causa anticomunista, ya que fue la cabeza visible del “Secretario de Acción Popular”, aunque, bien mirado, el mencionado instituto fue también un mojón importante en la cruzada prohispanista. Builes, en las pastorales colectivas de 1936, 1948 y 1949, escribió acerca del anticomunismo, y el jerarca Ismael Perdomo, arzobispo primado de Colombia, respaldó a Gómez, a Builes y a los jesuitas.</p> <p>Ahora bien, la figura de Gómez y sus posiciones políticas e ideológicas, así como su papel protagónico de la historia colombiana, ya han sido suficientemente estudiados por James D. Henderson¹⁵; de hecho, es la fuente a la que recurren la mayoría de los autores del libro que nos ocupa, digamos que se ha trabajado en la idea de que Gómez fue “el malo del paseo”, pero muy poco se ha analizado al otro protagonista de la reconseruatización del país: el presidente Mariano Ospina Pérez, o cuando se lo trata se lo presenta como una “mansa paloma”, defensor del orden institucional, o como un tecnócrata en el poder, que fue uno de esos colombianos que tuvo una mirada particular sobre la pobreza del país, teniendo como pilares a dos “economistas del desarrollo”: Lauchlin Currie y Albert Hirschman, si seguimos</p>
<p>9. Iván González Puccetti, “La revista Bolívar y el discurso conservador sobre hispanidad y nación”.</p> <p>10. David Jiménez Panesso, “El Apocalipsis y el idilio”.</p> <p>11. Tomás Barrero, “Laureano Gómez y la democracia”.</p> <p>12. <i>Las ideas de Laureano Gómez</i> (1985).</p>	<p>13. Rocío Londoño Botero, “El anticomunismo en Colombia”.</p> <p>14. Ángela Uribe Botero, “¿Puede el uso de metáforas ser peligroso? Sobre las pastorales de monseñor Miguel Ángel Builes”.</p>	<p>15. <i>Las ideas de Laureano Gómez</i> (1985) y <i>La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965</i> (2006).</p>

el análisis de Deas¹⁶, y según los datos que suministra Niño Murcia¹⁷ en su ensayo, Concejal de Bogotá en dos ocasiones 1937-1939 y 1945-1946, que dirigía la constructora Ospina & Compañía al momento de ser elegido como presidente, es decir, que fue más un político por compromiso familiar, dado que es descendiente de uno de los fundadores del Partido Conservador, Mariano Ospina Rodríguez, y de otro expresidente, Pedro Nel Ospina Vásquez, que por convicción, más interesado en los negocios que en la política.

Al respecto, me permito referenciar un análisis que alguna vez le escuché a Flavio de Castro, el ardiente director de *La Jornada*, el único periódico gaitanista que se editó después del asesinato del caudillo; según De Castro,

la gran diferencia entre Gómez y Ospina era que mientras el primero actuaba de frente, sin tapujos, pues era “incendiario”, el segundo, escudándose en el rosario y la camándula, y en las faldas de doña Berta, igualmente mandaba matar liberales a diestra y siniestra.

Algo de esto último es reseñado por Eduardo Franco Isaza, según lo presentado por Jimeno en su análisis del libro de Franco, en el que se destaca que Ospina Pérez desató una gran ofensiva militar contra los guerrilleros liberales del Llano.

A lo largo de los once artículos se rescatan valiosos documentos así como personajes. Sobre lo primero hay que destacar las fuentes documentales utilizadas por Braun: reportajes y crónicas de la revista *Semana*, de los diarios *El Tiempo* y *El Siglo*, o rescatando autores ahora olvidados como Hernando Téllez y Luis Eduardo Nieto Caballero, LENC; así mismo, la “saca” del olvido de las memorias del Primer Congreso de Memorias Nacionales de 1917 hecha por Deas. Sobre los segundos, el artículo de Tovar González es valioso pues Antonio García, pese a ser una figura de talla continental, sobre todo por su autoridad en temas agrarios, ha sido marginado de la historia política, económica, y cultural del país, por su

apoyo o simpatía al golpe militar de 1953, y luego por su voto, como integrante de la Asamblea Nacional Constituyente, a favor de Rojas Pinilla para que continuara gobernando entre 1954 y 1958. Marginamiento que se evidenció durante el Frente Nacional, pero la izquierda también olvidó a García. Sin embargo, en los últimos años se observa cierto interés académico, y por lo menos dos tesis doctorales han centrado su objeto de estudio en la figura y pensamiento de García.

Por último, además de felicitar al profesor Sierra y sus destacados colaboradores, hay que decir que el objetivo de la modernidad, salvo los ensayos de Niño Murcia y el de Deas, no es suficientemente tratado, o mejor, es demasiado difuso, refundido. Faltó un tema esencial, el crecimiento de los medios de comunicación, sobre todo el de la radio y junto a este el inusitado interés por el deporte: nació el Campeonato Profesional de Fútbol, y se inició la Vuelta a Colombia en bicicleta, se realizaba el Circuito Central Colombiano en automovilismo, y se celebraban con regularidad los Juegos Atléticos Nacionales.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,
Escuela Superior de Administración Pública

16. Malcolm Deas, “La noción del subdesarrollo en Colombia”.

17. Carlos Niño Murcia, “La carrera décima en Bogotá”.